



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13629

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia de la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 30 DE ABRIL DE 1907

CONDICIONES

El periódico se publica en metalico y en letras de fierro, en los puntos de venta en Paris: Mr. A. Lardot, 14, Rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

## DOS RAZAS

Estamos en Inglaterra. Los pasillos, la biblioteca y el salón de conferencias de la Cámara de los Comunes rebosan de público. Los representantes del país, agrupados en corrillos aquí y allá, discuten sistemáticamente, sin embargo, nótese que a pesar de su calma británica les coquillea el cuerpo, algo muy parecido al apasionamiento meridional. Muchos diputados leen afanosos sentos folletos; otros apuntan cifras en su carnet de notas, algunos ensayan por última vez el ademán, la postura ó la palabra que tomarán ó lanzarán más tarde en pleno Parlamento.

La animación del exterior contrasta vivamente con la quietud de interior. La Cámara está vacía y apenas iluminada por la luz mortecina que penetra miedosamente al través de los altos ventanales góticos. Pérdidas entre el sin número de escaños sin ocupante y envueltas por la penumbra, se distinguen diez ó doce calvas que se inclinan hacia el suelo. Díjérase que los dueños de estas calvas pulidas, respetables, pensadoras duermen. Un señor Buco, zanzquilargo y verboso, manotea en el espacio: de vez en cuando golpea rudemente en su pupitre como si el ruido del portazo fuere un argumento de irrefutable lógica. El diputado inglés combina matemáticamente las palabras con los golpes, sin fijarse en lo impasible de los escaños burocráticos, en los bostezos del presidente y de los secretarios, en las irrisaciones que la luz arranca al desierto banco de los ministros, como si se entretuviera en describir gráficamente las gradaciones infinitas de una sonrisa cortés, pero bulona.

El empedernido orador trata de interceder políticas sin sustancia, de oírse y cuentos parlamentarios, defendiendo egoístas intereses... De ahí la honda impresión que el orador produce en la subyugada Cámara.

El discurso terminado, alegre como un «ciao» de un amigo, se escapa al fin de la inquietud boca del charlatán político. Y la esparada frase se oye repetida por las paredes, los muros, los escaños del amplio salón de sesiones. Entonces el presidente agita con rapidez la campanilla, las calvas se yerguen y despiden por un instante marfillos brillantes, se encienden timbres, se encienden locos, los escaños se pueblan y los pasillos, la sala de conferencias, la biblioteca, se ven relegados al olvido.

De todas partes acuden a la Cámara. Ya la tribuna pública está abarrotada de gente; ya el banco de los ministros sufre asignada la pesada carga de los consejeros responsables; ya el bullicio y el calor de la vida subaltan ya al reposo y al frío de la tumba.

Un señor secretario lee el orden del día, que marca la lectura de los nuevos presupuestos. Mayoría y minoría callan, el público apenas se respira. El ministro de Hacienda sube a la tribuna; lleva en la mano un rollo de papeles; se enjuga con un pañuelo la frente sudorosa, luego desenvuélvelo el rollo y lee cifras y más cifras. Los números van, viscosos y mates; pero aquellos ingleses, tan pacíficos, tan recogidos en el oído para trasladarlos en seguida al papel. Ni un murmullo fogar interrumpe la lectura reposada y metódica del ministro. Cuando éste acaba, resuenan estruendos aplausos mezclados con energías protuberantes. A los apretones de manos y a las felicitaciones se juntan gritos de indignación y gestos de desprecio.

El debate llega a su colmo al bajar de la tribuna el ministro de Hacienda. Diputados y público comentan vehementemente los presupuestos, los nuevos derroteros económicos

que, para su nación, había trazado el ministro, un ilustre financiero... Estamos en Inglaterra.

Estamos en España. Es un gran día. En el salón de sesiones del Congreso no cabe un alfiler. Tribunas y escaños están repletos. No falta ni un diputado; ocupa el banco azul todo el Gobierno; aristocracia y pueblo han ido al Parlamento para presenciar el anunciado torneo oratorio. Hay debate político, el clásico debate originado siempre por el «¿quitate tú para ponerme yo?».

Han hablado ya los más grandes oradores dinásticos; ahora habla el grandilocuente tribuno radical. Su voz aguda, amenazadora, causa estremecimientos de terror, de un terror placentero, en las lindas marquesas acogidas a las tribunas reservadas; aquella voz aguda, amenazadora hace mugir de gozo al buen pueblo que se agolpa a la tribuna pública. En todos los rostros se percibe la congestión del entusiasmo.

Profecías de desquiciamiento y de bancarrota social, de desesperanza y de miseria manan del orador grandilocuente; asegurándose que para expresar el pesimismo carece ya de palabras el mismo diccionario. Mas no sucede así, no; el tribuno sombrero lo encuentra, de sus labios radicales surge una frase retumbante como el trueno, deslumbradora como el relámpago, epílogo del discurso, choques de las preñadas nubes revolucionarias, y se desata la tempestad... una tempestad de aplausos, de bravos que semejan jolés, y de jolés que semejan bravos!

Pero tras la tormenta camina la calma. El jefe del Gobierno se halla en un día feliz y logra disipar los negros nubarrones que acumulara la catilina del radical. Las flores retóricas del primer ministro se muestran más hermosas que nunca al ataviarse con las perlas acuosas que dejó caer sobre ellas el turbión del verbo revolucionario...

Saturado de satisfacción, el jefe del Gobierno exclama a la postre: «he dicho»; las lindas marquesas aplauden, y, oh mágico poder de la oratoria, el pueblo las secundas. A su vez el presidente del Congreso dice: «Orden del día. Continúa la discusión de los presupuestos».

La voz dispensadora ahuyenta a todos. ¿Algún que apunte los números, que haga cálculos y cifras?... ¡Estamos en España!

Para EL ECO DE CARTAGENA

## DESDE ROMA

Se celebrará una entrevista entre Víctor Manuel y Alfonso XIII. Irá el rey católico a Roma.—La actitud del Vaticano en este asunto.

Un querido amigo nuestro, que en la actualidad reside en la capital de Italia, nos escribe extensa carta, de la cual extraeremos los siguientes párrafos que se refieren a una cuestión de palpante actualidad, dándonos sobre la misma interesantes portendores.

—Desde hace días—dice esta mañana a un prelado de curia que me honra con su amistad—iba en busca de usted, porque he oído campar tan cantante a una cuestión que me interesa. Dígame, con franqueza: ¿El Vaticano está informado de las negociaciones que se aseguran entabladas ya entre las gabinetes de Roma y Madrid para acordar las mutuas visitas del rey Víctor Manuel a Cartagena y de Alfonso XIII a España, con el fin de uniformar la política en la cuestión del

Mediterráneo, bajo la iniciativa de Inglaterra? ¿El Vaticano pone trabas a la intervisión?

—Mucho me pregunta usted, pero he de serle sincero; le responderé esto: La Santa Sede no se ocupa de política, mayormente después de tantas falsedades inventadas con motivo del dossier Montagnini, sino en las cuestiones que atañen directamente a la religión, y puedo asegurarle que no sabe nada tocante a tales negociaciones entre los gobiernos de Italia y de España.

El Papa, sin embargo, mira y observa ese movimiento de las potencias europeas que, recelosas una de otra, se agitan para concretar un programa en la conferencia de La Haya. No le pasó inadvertida la visita del Rey de Italia a Grecia y se alegró, porque ésta puede ser un factor importante en la pacificación de los Balcanes. Se ha fijado también en el convenio de Gaeta y se ha complacido en el empeño tomado por el Soberano de Italia en servir de intermediario entre Inglaterra y Alemania para evitar un conflicto con motivo de la cuestión del desarme. En el Vaticano no se niega que estas visitas podrían ir unidas a un encuentro de Víctor Manuel y Alfonso XIII, más que por miras políticas por el afán que algunos diplomáticos despliegan en facilitar la venida definitiva del Rey de España a Roma. Pero aún concediendo que el Rey de Italia fuera el primero que se moviera yendo en busca del Rey Alfonso, y éste le devolviera su visita, todos están allí seguros de que esto no podría verificarse en la capital del mundo católico, ni tampoco sentar un precedente para que más adelante la Corte de España obedeciera al Quirinal accediendo a ser huésped de la casa de Saboya en la ciudad eterna.

El rey Alfonso,—continúa mi entrevistado, dígame lo que se quiera, tiene muy acrisolada su piedad y adhesión a la Santa Sede, de modo que no puede nunca presumirse que aún recibiendo, no digo ya en Cartagena, sino en Madrid mismo al Rey de Italia, pudiera devolverle la visita en Roma, pues está allí como una apostasía, y si los demás Soberanos católicos, más obligados que Alfonso con el Rey de Italia, ya sea por razones de parentesco, ya sea por motivos políticos de la Trípoli, no lo han hecho hasta aquí, ¿cómo es de suponer que lo haga antes que otro el Monarca heredero de San Fernando?

Y no crea usted con esto que el Vaticano conspira y urda tramas para impedir tales visitas. Su política es dejarlo todo a la discreción de los gobernantes, que deben saber más que nadie hasta que punto les conviene crearse conflictos con la nación.

Por todo lo cual téngalo usted bien entendido, el Vaticano confía y está persuadido de que podrán, sí, encontrarse Víctor Manuel y Alfonso, porque estas entrevistas estrechan lazos de amistad, pero fracasarían los proyectos de arrancar del Gobierno de España el acuerdo de que Alfonso viniera a Roma, huésped del Quirinal.

Italia es la que debe hablar en este asunto... Si llega un día en que el Papa considere del caso aceptar las garantías y soberanía que le ofrece a su modo Italia, los soberanos católicos tendrán expedito el camino entonces sin choques ni displicencias de sus subordinados, para venir a rendir homenaje al mismo tiempo el vicario de Cristo y al soberano de Italia.

un torrente, se le transforma en benéfico arroyuelo.

III. Los montes son el alma de la agricultura; hay que conservar aquellos para que no desaparezca el cultivo agrícola.

IV.—Los manantiales sólo se forman en los montes; fomentando el arbolado, aumentaremos el caudal de agua de nuestros ríos.

V. Las dunas, formadas por arenas voladoras, causan verdaderas catástrofes en su constante movimiento de avance; si las fijamos por medio de plantaciones de árboles, habremos transformado el desierto en alegre oasis.

VI.—Es tan directa la acción del arbolado sobre el clima, y en la formación y distribución de las lluvias, y son tan necesarios los productos forestales, que la destrucción de los montes constituye un verdadero peligro mundial.

VII.—Solamente la repoblación forestal puede sanear y hacer habitables los terrenos pantanosos.

VIII.—La majestuosa belleza de los montes, es suficiente para justificar su existencia.

IX.—Los montes constituyen grandes depósitos de aire no viciado; son productores de oxígeno, y en tal concepto, es necesario su conservación.

X.—El que planta un árbol ejecuta una obra buena; el que lo destruye sin necesidad, es un ignorante y un maldado.

26 de Abril de 1907.

## La fiesta del árbol

Acaba de ser publicado en Barcelona, un libro muy bello, magníficamente impreso y con espléndidas ilustraciones. Titúlase «Cronica de la fiesta del árbol en España en el año 1906». En este hermoso libro, que debiera ser leído con gran detenimiento por nuestras autoridades seculares, y enumeran todos los actos de propaganda, de educación y de instigación de la fiesta del árbol, que durante ese lapso de tiempo se han celebrado en nuestra patria.

El hombre de Cartagena no ha sido registrado en esa Crónica, y es posible que tampoco lo sea en años sucesivos, pues a pesar de nuestros ruegos, rimbombos de nuestra campaña en favor de que aquí se celebre tan culta fiesta, lo decimos con pena, han caído, por completo, en el vacío. ¿Qué vamos a hacerle!

Los Amigos del Árbol, de Barcelona, editores del libro que nos ocupa, abrieron un concurso y ofrecieron un premio al autor del mejor «Diálogo Forestal», ó sea «Los Mandamientos del Árbol». Dicen así:

I.—La cultura de un pueblo está en razón directa de su protección al árbol.

II.—Repoblando las cañadas de

## El requiem de Mozart

Hallándose Mozart sumido en profundo día en profunda meditación, oyó el ruido de una carpa que se detenía a su puerta. Le anunció a un desconocido, Mozart ve penetrar en su modesta habitación a un caballero de cierta edad, elegantemente vestido, de noble e imponente ademán.

—Estoy recomendado, le dice, por un personaje muy importante para venir a hablarle.

—¿Quién es ese personaje? replica Mozart.

—Deje guardar el incógnito.

—Sea enhorabuena.

—¿Y cuál es el negocio que de él trae?

—Acaba de perder una persona que le era muy querida y de la cual la memoria le será eternamente preciosa; se propone conmemorar todos los años su muerte con un servicio solemne y

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 213

de por los celestinos contra nosotros; pero enseguida me hice cargo de lo que era.

Levanté mis brazos al aire en señal de alegría, lancé un grito, que resultó apogadísimo en aquella atmósfera enardecida, y me abalancé dando grandes saltos hacia donde estaba nuestro aspirado refugio. En uno de mis saltos, y por no ir con la prudencia debida, caí en un agujero y me torcí un pie. Desde entonces fui dando troquesones a cada paso. Me hallaba en un estado de histérica exaltación, temblando y casi sin aliento, antes de llegar a la caseta. Me dio tres veces tute que detenirme en el camino, con las manos apoyadas sobre el pecho, y a pesar de lo seco y frío del aire, mi rostro se hallaba cubierto de sudor copioso.

Ya no pensé en nada más que en la caseta, hasta tocarla. Hasta me olvidé de Cavor y de por dónde andaba.

El diablo sí lo me hizo caer con las manos apoyadas contra el cristal. Entonces me apoyé de espaldas contra él y repetí: «¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!».

Cuando me fue tranquilizando un poco me hice a dentro, a través de las gruesas paredes de cristal, y me pareció que todos los objetos en el interior estaban volcados y revueltos. Entonces traté de penetrar en el recinto.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 210

una barra de oro a cada hombre, así del barracón aurífero, donde había meditado y resopado.

El sol iba estando ya muy bajo, demasiado bajo. Los rayos, a causa de la gran oblicuidad con que llegaban, calentaban ya poco; así, como se ve en frías y considerables montañas. Entonces me di cuenta de que había estado dormido mucho tiempo.

Una débil bruma azulada flotaba ante los horizontales de la parte occidental. Me encorqué sobre un montículo de rocas, para observar con la vista la mayor extensión posible del cielo. Mi oído en todos sentidos, no distinguía ruidos algunos de los alrededores lunares ni de los casetas. Tampoco oí nada por parte alguna de Cavor; pero, a lo lejos, veía flotando, agitado por las brisas, un pequeño avión al extremo de un cable estirado. Miré, miré, miré con cuidado, todo a mi alrededor, me creí que mi ojo se desviaba a otro punto de vista sin haberlo querido.

Para ello hice, saltando, un amplio arco de círculo, a fin de no perder probabilidad alguna de encontrar la caseta. La operación era fatigosa, por la naturaleza del suelo. El aire por momentos se hacía más frío, y me pareció que las sombras proyectadas por las montañas del Oeste se iban alargando rápidamente.

De cuando en cuando se detenía en mi marcha.